

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

VIRGINIO CREMONA, *La poesia civile di Orazio*. Milano, Vita e Pensiero, 1983, 469 pp.

El interés por el tema de la valoración de la poesía lírico-cívica de Horacio pareciera renovado en los últimos tiempos, en los que los ideales políticos del poeta y las nuevas instituciones que desde César van a ir reemplazando las antiguas estructuras del poder son minuciosamente cotejados. Surgirán en consecuencia tendencias que sostendrán enfrentamientos o coincidencias entre estos, subordinación de unos a otros, modificaciones o concesiones recíprocas que pudieran hacer posible la convivencia de dos ideologías y la amistad entrañable del príncipe y del poeta. En este debate que ha originado numerosos trabajos y que ha apasionado a estudiosos y a la opinión pública, y en el que están latentes una valoración estética de las odas civiles, la sinceridad o autenticidad del poeta, su originalidad misma, participa naturalmente este libro que vamos a comentar.

Tras una primera hojeada sobre una obra de muy buena presentación y material, con una nítida reproducción de la *gemma Augustea* del Museo de Viena en la tapa, y con sus cuatrocientas sesenta y nueve densas páginas—más apretada es aun la tipografía de las numerosas notas— iniciamos la lectura, tan bien invitados y mejor predisuestos.

La advertencia previa, *premessa*, de poco más de media página, que merece comentario aparte, es índice de que su plan y método no necesitan de largas explicaciones. La bibliografía con que inicia el libro ocupa treinta y una páginas, cerca de seiscientos trabajos entre obras y artículos, de una actualidad tal que las dos terceras partes son de los últimos treinta años, y no más de diez obras clásicas, del siglo pasado. No es por azar que esta bibliografía encabeza la obra; resulta necesaria en los análisis y sobre todo en las notas. Ni está de relleno, pues es de uso constante en estas últimas.

Siguen los quince capítulos con los textos latinos, a los que se enfrenta una traducción muy fiel, con análisis generalmente breves pero sustanciosos, y éstos con abundantes notas. Cierran el libro tres índices especiales muy precisos: el horaciano con los textos utilizados, el de autores antiguos citados (más de cien) y el de autores modernos consultados (más de cuatrocientos).

La breve introducción contiene primero una presentación: "Este libro ve la luz después de las fundamentales obras de Eduardo Fraenkel y de Antonio La Penna y es el fruto de años de búsqueda y de meditación". Obsérvese cómo distingue entre la relación de temporalidad y la de causalidad a que declara sujeto su libro. Sigue una advertencia que años atrás no hubiera sido necesaria, pero que la ideologización moderna puede hacer aconsejable: "Él no ha nacido de

la perversa voluntad de descubrir un Horacio a toda costa nuevo, a la luz de módulos preordenados, como el de forzar la obra del poeta para adecuarla al modelo, sino del modesto intento de ayudar al lector a aprehender al poeta a través de sus versos, que, guste o no, es conjuntamente con el juicio de valor el fin primario al que debe aspirar humildemente un crítico".

Rotundo y contundente hasta en el adverbio. El lector, prevenido de la conocida orientación política del segundo de los autores citados, puede imaginar en este apasionado exordio una alusión al mismo. No lo creemos. El autor cita a ambos a lo largo de su obra casi cien veces —sin duda los más nombrados y también de mayor renombre— y siempre, aun con las lógicas divergencias, con la mayor altura y objetividad.

La última parte de la introducción está destinada a fundamentar el plan arriba sintetizado, de seleccionar en primer término los textos horacianos —tres epodos, veinte odas y el *Carmen saeculare*— que están en orden cronológico, en la trayectoria cívica, escalonada por el autor en quince capítulos, que culmina en las odas romanas del Horacio ciudadano, más discutidas y más necesitadas de comentarios y de notas que las del Horacio hombre.

El texto de tales composiciones constituye el punto de partida, sin preconceptos ni prejuicios; es el "depositario primero, si no exclusivo, del mundo poético de su autor", y objeto principal del estudio que tiene por meta la personalidad del poeta. El texto "es el *factum* que fermenta y madura *per se*, no *per alios*, esto es, sin la superchería de la *inventio interpretis*".

Es notorio que muestra en esos pocos renglones una posición firme, seguramente desarrollada y fundada en otra obra suya, incluida en la bibliografía, que tiene como título *Interpretazione, permanenza e attualizzazione dei classici antichi* (Milano, 1974).

A la par del texto, enfrentada para facilitar el cotejo, está la traducción, que no debe ser una interpretación, ni menos una paráfrasis, sino una aproximación la más estrecha posible. El *interpretes-etis*, en su primera acepción, es un intermediario. No debe confundirse con traducción la benemérita tarea de los intérpretes de la hermenéutica sagrada, ni la de los glosarios medievales. En un texto clásico interpretar es a veces tan perjudicial como interpolar y ello está interdicto. El único verdadero intérprete es Horacio mismo, intermediario entre el lector y la *res Romana*. Los demás intermediarios son como corredores de comercio —es otra acepción de *interpretes*— que siempre van a quedarse con algo en el mejor de los casos; que en el peor nos venderán mercadería adulterada.

Hubiéramos deseado ver expuesta alguna de estas ideas sobre traducción —allí sólo sugeridas— por quien ha defendido tan bien la reyecía del texto, y además lo ha traducido tan fielmente. Pero el debatido tema es seguramente objeto de estudio en la citada obra sobre interpretación; pues su expresión entre guiones, de que la traducción "è in sostanza il commento", puede parecer ambigua e insatisfactoria.

Las traducciones del autor son en su contenido fidelísimas, incluso a menudo en su hipébaton; cuando es posible, lo consideramos plausible, porque conserva la estructura mental original y además

facilita el cotejo yuxtalineal. Pero en cuanto a forma se toma a menudo la libertad que la idiosincrasia de cada lengua aconseja: *Alme Sol*: "O Sole datore di vita", *date quae preccamur*: "esaudite le nostre preghiere", para citar sólo el comienzo del *Carmen saeculare*. En otro ejemplo del final del C. II, 1 traduce: *Musa procax*: "O Musa... con la tua audacia..."; *quaere modos leviore plectro*: "cerca col plectro ritmi più leggeri". Con tales perifrasis o simplificaciones logra una más fácil comprensión, pero a costa, como en el último verso, de una hipálage que se esfuma.

Al texto y traducción —deben ser considerados como una misma cosa, la segunda auxiliar del primero— que en siete de los quince capítulos faltan pero sólo en apariencia, pues el vacío se llena con los textos que preceden, les sigue el análisis de cada composición. Sólo una vez, en el capítulo I, se analizan dos epodos en forma conjunta sin motivo aparente. En dicho análisis, siempre breve y denso, se enfoca el texto con el prisma propio de cada capítulo, haciendo surgir a la luz "una serie de problemas históricos, políticos, religiosos, literarios", que luego en las notas, al final de cada composición analizada, "son ampliamente discutidos en el contexto de la riquísima producción crítica" que hemos señalado en la bibliografía. Estas son notas ampliatorias, a menudo exhaustivas, del análisis, no las habituales notas meramente explicativas del texto. Tales notas, a veces verdaderas monografías, como algunos excursos de Ernst R. Curtius (*Literatura Europea y Edad Media Latina*, México, FCE, 1955), más bien semilleros de temas, minas o canteras abiertas para surtir de material al investigador, con-

tienen alguna vez lo más valioso del libro.

Quede claro que en la breve introducción el autor se opone con vigor y pasión a la politización de los textos clásicos, pero cuando a lo largo de su obra los analiza como crítico, expone su pensamiento y el de los demás con la mayor libertad, naturalidad y rigor científico. Pongamos un caso, el tema de la restauración por Augusto de los *mores maiorum* en el capítulo VII. Ella, dice, "fue uno de los polos de la política y de la propaganda augustea, y uno de los hilos conductores de las *Res gestae*. Naturalmente el sentido de este retorno a los antiguos valores de la tradición fue más político que ético, pero todo ello prueba que Augusto comprendía la necesidad de una renovación de la conciencia cívica sobre el ejemplo de las *priscae virtutes*, como fundamento de la nueva república, y sobre todo por el conocimiento que tenía del atávico tradicionalismo de la sociedad romana".

A continuación, sin más, agrega: "Para una interpretación de la restauración de los *mores maiorum* en términos marxistas, cfr. L. Canali, *El manifiesto del régimen augusteo*, dando la cita exacta y parte del texto, en que a la estructura ética opone una económico-social y sobre ésta una "ideológica que la consolida y ennoblece" (p. 282).

Todo ello sin desmedro de que poco antes ha citado un trabajo de G. B. Pighi (*De Sacris Horatii Carminibus*), quien, en una referencia a un estudio de T. Zielinski, ve en Horacio "al vates, que en la exaltación de la virtud, de la suprema divinidad que rige el mundo, de la igualdad del destino mortal, de la religiosidad como esencia del poder romano, está entre los más grandes espíritus que han prepa-

rado el camino al cristianismo, en la estela de Sócrates, Platón y Aristóteles" (p. 277). Todo ello, como se ve, sin la más leve discriminación ideológica.

Propuesto el método, más bien que expuesto, creemos útil transcribir los temas de los quince capítulos, con la cita de los textos entre paréntesis; puesto que no se desarrolla un solo aspecto de Horacio —su poesía civil— en forma unitaria, sino a través de las distintas vicisitudes vividas por la república, apreciadas —ahora sí interpretadas— por el poeta en los diferentes momentos de su contemplación poética.

I. La certeza de la ruina de Roma y la fuga de la historia (Epod. VII y XVI).

II. Superación del *fastidium rei publicae* (C. I, 14).

III. La nueva realidad política (Epod. IX; C. I, 37 y I, 15).

IV. Nuevas inquietudes: el *scelus* hereditario y la necesidad de una expiación (C. II, 1 y I, 2).

V. Preludio a las odas romanas (C. III, 24 y 25).

VI. Las odas romanas (C. III, 1. 2. 3. 4. 5. 6).

VII. Horacio y el programa de restauración ético-religiosa de Octaviano Augusto.

VIII. El ciclo de las odas romanas.

IX. De los epodos VII y XVI a las odas romanas.

X. Augusto *restitutor rei publicae* y *tutor pacis* (C. I, 12 y III, 14).

XI. Significado de los *Ludi saeculares*.

XII. El *Carmen saeculare*.

XIII. Del *Carmen saeculare* a las odas del libro IV.

XIV. Las odas civiles del libro IV (C. IV, 2. 4. 5. 14. 15).

XV. Individualismo y civismo en la lírica horaciana.

Este itinerario horaciano, cívico-poético, es cronológico. Arranca de los *acerba fata* y del *scelusque fraternalis necis* del epodo VII, que persiguen a los romanos como una maldición por el fratricidio de Remo. La *impia devoti sanguinis aetas* del epodo XII perderá irremediablemente a Roma, quedando a los *piis* la fuga a los *beata arva divites et insulas*, donde reina la edad de oro, evasión que es la única tabla de salvación que la *pietas* y la Musa le pueden deparar en el presente estado de desesperación y de autodestrucción de los ciudadanos romanos.

Poco después, por los años que preceden a Actium (31 a. C.), percibe entre tantas tinieblas una luz de esperanza; aunque la nave del Estado no ha llegado a puerto, el *sollicitum taedium* del poeta se va haciendo *desiderium curaque non levis* (C. I, 14).

Sigue, después de la victoria de Actium, con Cleopatra y M. Antonio sólo vencidos, el ya muy esperanzado epodo IX, con el vino del comienzo ya dispuesto para el brindis, pero todavía con *curam metumque Caesaris rerum* del final.

No obstante, "la nueva realidad política", con Cleopatra y M. Antonio ya muertos, se va afianzando y el poeta ya reclama el vino (*Nunc est bibendum*, respuesta a la pregunta inicial del epodo IX *Quando repostum Caecubum... bibam?*), danza (*nunc pede libero pulsanda tellus*, una de las pocas expresiones de libertad en su obra juvenil), y una acción de gracias debida a los dioses (C. I, 37 y 15). En ambas odas profiere el fin de la fatídica pareja, en forma velada, casi pudorosa y separadamente. En una,

Cleopatra, ella sola, primero es objeto de execración frente a su corrompida corte, luego frente a la nobleza de su muerte es casi enaltecida, gesto para con los caídos típicamente romano, extraño a los pueblos orientales. En la otra —a la que Fray Luis le debe algo más que la idea de su “Profecía del Tajo”— Nereo profetiza su fin (*fera... fata*) al “pérfido pastor” que es Paris, raptor de la hospitalaria Helena, claros símbolos aquí de Antonio y Cleopatra.

Después de pasar Horacio, el autor y nosotros, por dos odas (C. II, 1 y I, 2) sobre el crimen no expiado de las guerras fratricidas, pero con invocación a Júpiter y a los cuatro dioses más vinculados a Roma y a la familia imperial, y después de pasar por dos odas que preludian las odas romanas —la III, 24, extensa, con un análisis brevísimo, considerada por algunos defectuosa y convencional, y la III, 25, breve pero inspiradísima oda a Baco, que termina con una extensa nota, verdadera monografía digna de un marco, sobre filosofía y religiosidad de Horacio, hemos llegado, al fin, a las odas romanas, “que constituyen un monumento de ética civil” (p. 305), más duradero que el bronce. La *virtus*, la *pietas*, la *libertas* —más la interior que la política, perdida con Catón—, justicia, perseverancia, moderación... serán palabras y banderas reiteradas bajo distintas formas poéticas, pero con una única unión patriótica algunas de ellas objeto de las ya memoradas y también memorables notas, como la referente a la libertad (p. 307).

Sobre el cuestionamiento a los distintos ensayos de conciliación final entre Horacio hombre y Horacio ciudadano, queremos subrayar, como aporte, dos pensamientos

nada nuevos, uno de orden social y otro de orden individual, que el hombre moderno, que vive sin duda crisis semejantes a las de Horacio, puede por ello apreciar. Cuando se sale de un estado de enfrentamiento armado tan totalizador que afectó todos los órdenes y toda la cuenca del Mediterráneo, y de tal duración que entre las décadas del 50 al 30 —Horacio hace arrancar la guerra civil diez años antes, en el 60, bajo el consulado de Q. Cecilio Metelo Celer, con motivo del primer triunvirato— apenas se filtraban como pálidos rayos de esperanza breves períodos de tregua, la expresión *pax Augusta* es, más que un motivo propagandístico, un bálsamo de efectos mágicos, que puede escapar a los fríos prismas de un historiador —¿qué son veinte años frente a una historia de siglos?— pero a los que no podía escapar la sensibilidad poética y cívica de Horacio.

En segundo lugar, cuando en tales circunstancias el hijo de un liberto como Horacio, vencido en el campo de batalla pero no en sus ideales republicanos, es envuelto por los lazos de una triple amistad, extraña pero entrañable —nada menos que con Virgilio, Mecenas y Octavio— no bien profundizada quizá por los críticos, ¿cómo hará para conciliar estos dos sentimientos? La misma pregunta ha preocupado y cabe para su doble vocación que se refleja en las múltiples oposiciones de paz interior y *pax Romana*, individualismo-civismo, epicureísmo-estoicismo, *otium-negotium*, helenismo-romanidad, la privaticidad que florece en el “Jardín” o la vida pública que crece en el “Pórtico”. Esta particular confrontación, nacida entre su libertad e independencia y sus odas de servicio y adhesión al programa de Augusto, ha podido ser

ampliada luego con la oposición paulina de hombre nuevo y hombre viejo, con la cristiana de *civitas caelestis* (fundada en el *amor Dei usque ad contemptum sui*) y la *civitas terrena* (fundada en el *amor sui usque ad contemptum Dei*) (p. 442) y con la cósmica del macrocosmos del universo gobernado por Dios y el microcosmos del hombre, gobernado por un alma libre.

Con V. Cremona contestamos aquella pregunta con otra: ¿Por qué debemos ser nosotros quienes conciliemos esas dos esferas simultáneas, más que etapas sucesivas? Frente a sometimiento a presiones —poco dignos ambos— y a una conversión afanosamente investigada, ¿no puede albergar con dignidad sentimientos en guerra consigo mismo? El conflicto de Horacio, su fractura quedan abiertos; son persistentes, insanables. Esta permanente tensión es en el poeta fecunda y creadora. “El dualismo es una constante de su modo de sentir” (p. 446).

Los quince capítulos de la obra, brevemente expuestos, de muy desapareja extensión, que van de cuatro a noventa y ocho páginas, aunque a veces pareciera asomar una intención de combinar brevedad y extensión, conforman un libro logrado, muy denso, muy actual. Significan el logro exitoso del autor y el esfuerzo meritorio del editor, como que también a éste le ha llevado años o poco menos, si observamos que el libro quedó escrito en 1981, registrado en 1982 e impreso a comienzos de 1983.

Representan todavía algo más: la trayectoria de Horacio con su dignidad, su independencia, su esfuerzo de equilibrio y conciliación, aun en fracturas no zanjadas, puede servir de paradigma y dejar enseñanzas a las juventudes políticas uni-

versitarias, necesitadas de experiencia y ejemplos, de la *pax* de un programa político y de los versos de un poeta clásico, a la par, pero no a la inversa —¡Dios las libere de los versos de algunos políticos y de algunos programas de Horacio!—. Para los docentes de lenguas clásicas del mismo nivel, tampoco pueden faltar en sus miras las virtudes del libro ya señaladas, en especial su metodología y la amplitud y objetividad de sus compulsas bibliográficas.

ALFREDO J. SCHROEDER

GIOVANNI CUPAIUOLO, *Bibliografía terenziana*. Napoli, Società Editrice Napoletana, 1984, 552 pp.

Un esfuerzo exhaustivo y singular del profesor Giovanni Cupaiuolo, catedrático de la Universidad de Messina, proporciona, como valioso resultado para la bibliografía clásica, este nutrido repertorio de lo que se ha publicado, traducido y escrito sobre Terencio, “desde los primeros tiempos de la imprenta hasta nuestros días”, según se lee en la solapa de presentación. Forma parte de la serie de Estudios y Textos de la Antigüedad que publica la mencionada editorial y que abarca ya dieciséis títulos.

El volumen comprende dos partes, una sobre las ediciones y otra sobre los estudios críticos. La primera sección ficha las ediciones de texto solo, las bilingües y las de traducción sola: primero, de la obra completa; luego, de la obra parcial; más adelante, de cada una de las seis comedias de Terencio, y, por último, los ejemplarios, florilegios y antologías.